

1.

Una vez que lo dejemos nada volverá a ser igual, de eso eres consciente ¿no? Una vez que lo dejemos puede que ya no haya marcha atrás, o sí, o que volvamos a volver, o que nos mandemos a la mierda, o quién sabe qué cosas más. Si lo dejamos, claro. Porque también está la opción de no dejarlo, de dejarlo estar, de estirar la cuerda, de tensarla. Tensarla. Eso si no lo dejamos.

Si nos dejamos dejarnos o si no nos dejamos dejarnos.

¿Y si me dejas tú a mí, eh? ¿Y si eres tú y solo tú quien dice mira, que ya, que no puedo más con tus paranoias y tus comeduras de cabeza, que no vamos a ninguna parte, que se nos ha ido de las manos?

O qué se yo. Que me largo. O que te largas. O que cada uno se larga por su camino.

O puede que te deje yo, o que tú me dejes que sea yo quien te deje, dejándote plantada uno de esos lunes en los que quedamos en la cola del cine, porque no podemos ir juntos, porque llego con la hora justa. Un lunes en el que llueve un montón y llego y estás allí empapada, sola en la entrada del cine pero no porque no haya ido nadie sino porque están todos ya dentro y la película hace media hora que empezó, y es que llegas la hostia de tarde, me dices. Un lunes de esos como hoy, por ejemplo.

En la cafetería las gotas de lluvia chocan contra mi cara pero no me mojan. Ha sido todo en un momento. No lo pensaba hacer. O mejor: pensaba hacerlo, pero justo cuando creía que no iba a ser capaz, cuando ya te veía allí a lo lejos, con los rizos mojados cayendo sobre tus hombros, con la cabeza gacha y la vista perdida en la pantalla de tu móvil, me he desviado y ahora estoy aquí, al otro lado de la vidriera, apoyado contra el cristal empañado, entregándole mi cara de idiota al mundo, que camina con prisa por la acera. Y al otro lado de la calle, un poco más allá, te sigo viendo mirar el reloj, esta vez de la muñeca, una y otra vez. Marcas mi número en el móvil y el sonido se cuela por todos los rincones de la cafetería. No descuelgo. Porque hoy es ese día. Al menos puede que lo sea. Y ya sabes por qué motivo, al verte ahí, me imagino una película. Y te veo en formato panorámico, en dieciséis novenos, que sabes que es mi formato preferido, con la levita de piel negra empapada, con la marquesina del cine al fondo, desenfocada, y a un ritmo más lento de lo normal cayendo las gotas de agua mezcladas con leche, el viejo truco para hacer más visible la lluvia. Me pareces una Monica Bellucci de rasgos duros y bonitos, de maquillaje corrido y rostro impenetrable. Y la iluminación es entre grisácea y azulada. No sé, te veo irreal pero real, como de cinema verité pero más sofisticado, más moderno, con cierto toque de cine de autor de los noventa. El autor debo de ser yo, supongo.

Pasan unos minutos y te marchas, mirando dos o tres veces hacia atrás. Me parece muy tópico, un recurso demasiado utilizado. Pero pase, porque te ves preciosa alejándote de espaldas. Y luego tuerces la esquina, la doblas, desapareces, te esfumas y ya no hay más tú, más Monica Bellucci. Te vas y me quedo solo en la película, dentro del café, delante de un cortado corto de leche, con medio dedo de crema, como a mí me gusta, viendo cómo la montañita de azúcar se hunde en mitad de la taza, creando divertidas manchas blancas de leche.

Al fijarme en la taza empiezan a flotar las imágenes de aquella fiesta que hicimos en la parcela de Nauj, ¿te acuerdas? Era poco después de Año Nuevo y te veías preciosa, charlando con unos y con otros en la pequeña habitación que hacía las veces de salón, junto a la estufa de hojalata, aquella del tubo que se perdía por el hueco de la chimenea... Hablabas con todos y yo ponía la música en la misma mini cadena vieja y fallona de siempre. Y a lo mejor el problema era el cine. Puede que ese fuera y sea el problema, lo pienso ahora, no te creas, lo pienso porque... Porque... Sí. Yo creo que era eso, que siempre se me salía la mirada, la mente, y lo veía todo como desde fuera. Y eras tú en aquella habitación pequeña, con el frío empañando los cristales afuera y la escarcha formándose por todas partes, con la superficie de la piscina cubierta por el agua helada. Y el resto de la gente como figurantes... No sé. O a lo mejor es que lo recuerdo así, vaya usted a saber...

Han empezado a recoger todas las mesas, a barrer por algunos rincones. Debe de ser tardísimo. Se me había olvidado que entro a trabajar a las doce y cuarto. Tengo media hora para ir a casa, cenar algo, ponerme ropa seca y correr para el teatro. Todavía recuerdo cuando te expliqué lo de mi empleo, actor creías que era. Y luego resulté un vulgar vigilante de camiones algo atípico.

Camino deprisa por la lluvia, chapoteando en las baldosas sueltas de la acera. Y todavía revolotea por mi cabeza tu desaparición a la vuelta de la esquina.

2.

El día siguiente fue lo peor. Me levanté con un dolor de cabeza increíble, no quería ir a trabajar, no quería hacer otra cosa que revolver la funda nórdica pateando y quedarme boca arriba toda la vida, todo el tiempo del mundo. Me encanta quedarme boca arriba escuchando el radio despertador, hasta que escucho a Lucía en la habitación de al lado, llamándome desesperada, suplicando por un vaso de leche bien calentita. Es mi momento de asimilación: tengo una hija, me tengo que levantar, son mis últimos instantes horizontales hasta dentro de unas quince horas.

Debajo del chorro helado de la ducha (siempre acaba saliendo caliente cuando estoy a punto de terminar) me vino todo lo de la noche anterior a la

cabeza. El plante de Bruno, como muchas otras veces, la lluvia jodiéndome los rizos, como tantas y tantas otras. Y después recoger a Lucía en casa de mis padres, calada hasta los huesos, con un enfado del quince. Y al final la llegada a casa, acostar a la niña, las horas de espera, el sonido del móvil... El jarro de agua fría. Yo creo que por eso volví a la realidad bajo el agua helada. Porque la punzada espalda abajo fue la misma. Otra vez me imaginé su silueta enfrascada en el hueco de la cabina, resguardándose de la tormenta, y su voz entremezclada con el ruido de la lluvia, esa voz extraña, nerviosa, incoherente. No me dejó apenas hablar, me dijo que se le había pasado por la cabeza otras veces, que incluso lo había hablado conmigo, y que tal vez era el momento de dar el paso...atrás. Yo lo único que pude decirle fue que no tenía ni idea de lo que me estaba diciendo, que no recordaba esa conversación a la que se refería y que todo me parecía una locura de las suyas. Me dijo que le diera un beso al duendecillo, como la llamaba él, y colgó después de unos instantes sin hablar ninguno de los dos, después de unos segundos de silencio lluvioso...

Y justo ahí se hizo el vacío al otro lado del auricular. El zumbido a mi alrededor me tambaleó, como cuando los oídos se acostumbran a volúmenes enormes y de repente pasas a un espacio silencioso, más tranquilo, como al salir de un concierto, cuando te vas a dormir y te acurrucas sobre la almohada, a oscuras, y persiste ese pitido insoportable en los oídos...

Me senté unos minutos en el sofá. Desde su puerta, miré un rato el sueño feliz de Lucía. Fui a la cocina y abrí la nevera para coger algo de beber. Al volver al sofá, me eché para atrás y cerré los ojos.

A las tres de la mañana había dos botellas de Lambrusco en la mesita del salón y yo estaba en el sofá, dormitando, balbuciendo, sin fuerzas para irme a la cama. Suerte que cuando conseguí marcharme a la cama Lucía seguía soñando...

3.

Básicamente en esperar, con los ojos bien abiertos; esperar a que no pase nada y después arrancar el coche, el viejo Renault 11, y marcharme con la sensación del deber cumplido y la frustración de no haber hecho absolutamente nada durante toda la noche. En eso consiste mi trabajo. Desde lejos, a quince o veinte metros de distancia, debe de ser bonito ver cómo el coche se aleja, despidiendo humo por el tubo de escape, un humo que asciende y se confunde con las nubes blancas sobre el fondo negro y nada estrellado del cielo, con la luna perdida por allá arriba, ya lejana. Debe de ser bonito ver cómo queda ese espacio, el de mi coche, taladrado en la acera, esculpido entre los demás coches, detrás de los enormes trailers y furgonetas de la compañía de turno. Y ese silencio que queda después, acompañado del

ambiente a lo lejos, de motores de coche y locomotoras. Muchas mañanas, cuando llego a casa y me acuesto, me lo imagino. Imagino que soy uno de esos vagabundos que pueblan aquella zona, en los bordes de la ciudad, o el viejo que baja a comprar el pan a las siete de la mañana, con la premura del que sospecha que no queda mucho tiempo ni mucho que hacer. Incluso que soy la pareja de amantes que asiste al cambio de luces del día, empapada todavía por todo lo vivido por la noche, por todo lo sentido en unas horas de nada, en las horas del todo. Imagino que me paro en la acera y observo cómo un conductor, cómo yo arranco el coche con regocijo y parsimonia, saboreando ya el final de mi jornada.

De vuelta a casa, con la radio emitiendo músicas perdidas de hace veinte años y la gente llamando a contar sus desdichas o sus gracias, recuerdo, no sé por qué, los viajes en los que acompañaba a Rena a dar aquellas clases extraescolares. Al no tener carné de conducir, yo la llevaba todos los miércoles por la tarde y los jueves cada quince días a todos aquellos pueblos. Me acuerdo sobre todo de uno, aquel de la callejuela con la ventana... No sé por qué pienso ahora en aquello, la verdad, no sé por qué no me da por pensar en las gotas de lluvia que se chocan contra el parabrisas y se extienden hacia arriba, desapareciendo... O, por lo menos, cómo no me da por desvariar sobre algo que tenga que ver con la noche, con el agua, con la luz roja de los semáforos distorsionada por la humedad... No sé. Pues eso, que me acuerdo de que todas las tardes, después de comer, preparaba mi cámara de fotos, una Canon bastante decente, y durante la hora o las dos horas de sus clases yo me dedicaba a hacer fotos por ahí, perdiéndome por las calles del pueblo y sintiendo una cálida sensación de placidez, notando la calma de las cuatro y media de la tarde en aquellas calles solitarias, en aquellas fachadas encaladas bañadas por el sol y recortadas por las sombras de las tejas. Por esa época fue cuando empecé a hacer fotos de ventanas. Me dio por ahí. Bueno, ¡qué ridiculez! Todo fue por lo que fue... Eran bonitas las ventanas de las casas bajas, rodeadas del blanco sucio de las paredes y cubiertas por forjas negras, unas veces sencillas, otras formando enrevesadas y retorcidas figuras alargadas. Y cuando faltaban diez minutos para que finalizaran las clases, tengo clavado en la memoria el paseo convertido en rutina hasta la bollería, ese típico horno de los pueblos en los que nada más entrar se apodera de ti un olor cargado pero agradable a pan recién hecho, a hojaldres y cabello de ángel, a pasteles. Compraba algo para merendar, algo con chocolate, por supuesto, y me iba para el colegio, aquel extenso espacio formado por pequeños barracones de ladrillo naranja rodeados por jardines y zonas amplias de recreo. Allí disfrutaba viendo a los chavales formar corros, jugar, charlar, pelearse; aprender a complicarse la vida por tonterías. Y entonces salía ella, rodeada de chiquillos, y se me olvidaban por un momento todos los minutos que había pasado haciendo fotos, paseando, dibujando burrapatos en el cuaderno que siempre llevo en el coche... Se me olvidaba todo y la miraba

sonreírles a los críos, azuzándoles el pelo y diciéndoles cualquier cosa. Entraba en el coche y siempre representábamos la misma escena: yo le pedía algo de la guantera y ella, al abrir, se llevaba la sorpresa de cada semana, los cruasanes de chocolate, o los donuts, o las palmeras. Nunca olvidaré su cara de sorpresa y de alegría, como si le hubieran salvado la vida en el último momento, como si acabara de conseguir lo que ya daba por perdido.

Ahora, temiendo por mi seguridad en este ascensor maltrecho que me lleva hasta tu piso, donde me esperas, Carmen, no hago más que restregarme los ojos y recordar su cara girándose hacia mí, mientras conducía hacia la salida del pueblo. Aquella cara redonda que lo cubría todo y me preguntaba cuántas ventanas había fotografiado aquel día.

4.

Hoy nos vamos de viaje tú y yo, Lucía. Preparamos las mochilas con unos bocadillos y algo más y nos vamos aquí al lado, al pueblo donde daba las clases extraescolares hace unos años. Vamos a pasar el día allí. Podemos pasear por los alrededores, hay un montón de pinares y choperas cerca. O también te puedo enseñar algunos rincones preciosos que descubrimos Bruno y yo dentro del pueblo, recorriendo sus retorcidas calles, pequeñas, blancas, repletas de ventanas... ¿Te he enseñado alguna vez las fotos de Bruno? Mientras yo estaba en las clases, él tomaba fotos del pueblo, siempre. Es que me traía él, cada semana, porque yo todavía no tenía permiso de conducir...

Tengo que enseñarte las fotos. Hay un montón de fotos de ventanas.

Ya te contaré lo mío con las ventanas. Ya te lo contaré cuando seas un poco más mayor, cuando puedas entenderlo de verdad. Ahora prepara lo que quieras en la mochila que nos vamos. Corre, aprisa.

La carretera no es muy buena pero todo es tener cuidado, la verdad. Tampoco es que sea nada del otro mundo... Para carretera mala aquel carreterucho de Francia, de la zona del Loira, aquél rodeado de árboles altísimos y repleto de curvas de herradura. Volvíamos los abuelos y yo de un pueblecito muy pequeño, ¿cómo era? Ahora no recuerdo el nombre, la verdad. Sólo recuerdo que era muy pequeño y que estaban en fiestas. Sí, tenían montada una feria y cuando nos íbamos, a lo lejos, conforme te alejabas y la carretera se dirigía hacia la zona de montañas empinadas, cuando todavía el terreno era una coqueta llanura recubierta de cultivos, podías reducir la vista del pueblo a un barullo de casas coronadas por una enorme noria de colores, rueda que te rueda, la noria gigante que se iba dejando de ver poco a poco, oculta entre tupidos abetos y barrida curva tras curva... ¡Ah! ¿Sabes lo que recuerdo también de aquella carretera? Un restaurante que era como una pequeña casa de alta montaña y que estaba a dos metros de la carretera, justo al salir de una de las curvas... Estaba indicado con una de esas flechas recortadas en

madera y grabadas con calor, una flecha clavada en una estaca y hundida en la tierra húmeda por la umbría. Era una tarde soleada y por las ventanas se colaban los rayos anaranjados dibujando destellos en los manteles de las mesas, quemando la imagen de las demás mesas, del resto de comensales. No he vuelto a pisar un restaurante tan acogedor en mi vida. Allí te encontrabas como en casa. Los baños tenían bañeras y estaban llenos de cacharritos de cristal con cremas y colonias. ¡Madre mía! Pero si había hasta un vasito con dos cepillos de dientes en la repisa sobre el lavabo. Supongo que eran de adorno, claro. Serían de adorno ¿verdad, cariño?

¡Toma ya! Dormida como un lirón. Claro, yo aquí habla que te habla...

¿Y por qué me habrá dado por recordar aquel restaurante del valle del Loira?

No sé, pero hace un momento estaba contándole a Lucía lo de las fotos de Bruno... ¿cuánto hace ya? Se me pasa el tiempo volando... Va para un año, creo. Mira Lucía, ya llegamos. ¡Lucía, despierta, que ya hemos llegado!

5.

Hace ya once meses. No se me ha olvidado. Once meses desde aquel giro inesperado, desde mi entrada en la cafetería. Pero no fue la primera vez que fui cuando nos conocimos, ¿no? Creo que fue la segunda vez. Sí, fue la segunda. Porque la primera era lunes y tú librabas, como siempre. La primera era lunes y no llegué a ir al cine. Claro, ya está: la primera era lunes y la segunda fue cuatro o cinco días después, fin de semana... Claro. Y fue cuando te conocí. A mi me dio por seguir yendo a aquella cafetería, por un lado porque sentía que aquel había sido el lugar físico que había representado para mí un cambio enorme, trascendental, y le debía algo; por otro, porque tenía la necesidad, puede que perversa, de escudriñar aquel pedazo de calle, el deseo de ver aparecer a Rena con sus rizos mojados otra vez, de verla pasar feliz con otra persona o destrozada por mi culpa, el deseo de verla doblar aquella esquina tan bien como la otra vez. Por eso siempre me sentaba en la misma mesa, cerca de la barra pero también pegado a la vidriera. A la tercera o cuarta vez ya sabía tu nombre. Os escuchaba ordenar los pedidos, intercambiar bromas, discutir por lo bajo. Cuando vas de continuo y en solitario a un café terminas por sentirlo como algo tuyo, como si fuera una extensión de tu casa. Pasa a formar parte de tu espacio vital. Empiezas por los nombres, como te decía. Luego llegan los turnos de cada camarero, cuándo libra cada uno, las rencillas entre unos y otros. Al principio no mostraba mis avances, pero recuerdo el día en que te llamé por tu nombre para pedirte la cuenta. Carmen, te dije. Y tú me miraste con ojos desconfiados, con ojos habituados a cumplidos vacuos y a piropos zalameros a destiempo. Pero poco a poco fuiste cayendo en mis redes. Y yo en las tuyas, supongo. Me empezaron a encantar tus ojos rasgados, tus peinados recogidos,

tu sonrisa a los otros clientes, el ceño fruncido y los resoplidos de los momentos de agobio. El único reparo lo sentí al recordar aquel personaje de *Amelie* que se pasaba el día en una cafetería obsesionado con la camarera. Pero lo mío era otra cosa. Lo mío había sido poco a poco, porque todavía estaba reciente lo de Rena. Y te gané con el tiempo. Exacto, fue por esa época, cuando empecé a olvidarme de mirar por la vidriera, cuando ya te llamaba por tu nombre y tuve las pocas luces de invitarte a tomar un café cuando salieras. ¡A lo que sea!, me dijiste, menos a un café, ¡por Dios! La verdad es que no estuve muy fino, aunque todo se arregló con un paseo hasta tu casa. Y otro. Y otro más. Y así hasta que hicimos el amor una noche de finales de verano, ¿te acuerdas? Fue la noche que te enseñé la colección de fotos y me preguntaste si todas aquellas ventanas tenían algún significado. ¿Y qué te contesté? ¿A que no te acuerdas? Nooo, no te acuerdas. ¿Qué sí? Venga ¿Lo ves? No te acuerdas.

Bueno, no te enfades, vamos a hacer una cosa. Vamos a ir al pueblo de las fotos, ¿quieres? Era precioso y tenía un montón de escondrijos increíbles. ¿Te apetece? Mañana nos levantamos temprano y vamos. Vale. Allí te recordaré lo de las ventanas.

6.

Mira, Lucía, aquella de allí es la escuela de la que te hablé. Y en esa calle había una ventana preciosa. Era muy sencilla, de una casa baja muy vieja. Estaba desconchada por algún borde, y las rejas mezclaban el negro plastificado de la pintura despojada con el robín cobrizo. Tenía un enrejado hacia fuera, que permitía encajar macetas en la parte de abajo, con tres o cuatro tiestos con un poco de tierra, pero sin flores. La belleza de aquella ventana me recordó a la definición que hacía mi amiga Luna de la belleza de Lisboa: el encanto de la decadencia, de lo que se resiste a parecer esbelto, a recordar lo que fue algún día...

A lo mejor no te vas a enterar de nada y tengo que contártelo otra vez dentro de unos años, pero no me importa. Te voy a explicar lo de las ventanas... ¡Pero mírame por lo menos, cariño! Mírala, embelesada con aquel coche viejo. No lo entiendo, es horrible... Se parece al de Bruno... ¡Qué tontería! Bruno estaba harto de ir con aquella chatarra andante. Seguro que ya tiene otro.

Pues eso, que te lo voy a contar, aunque de sobra sé que no me estás haciendo ni caso. Resulta que desde muy pequeña me dio por fijarme en las ventanas. Yo no sé qué vino antes si la explicación o el puro acto instintivo de hacerlo, pero el caso es que cuando tuve cierto uso de razón la gente empezó a preguntarme por qué me quedaba tan embelesada delante de aquellas

ventanas... ¡Cariño, que es por aquí! No ves que estoy torciendo la calle. Ya te ibas todo recto...

Por dónde iba... Ah, eso, sí. Me preguntaban por todo aquello y yo les contestaba que cada ventana me recordaba alguna cosa, que todas las ventanas del mundo te llevan más allá de su imagen, de lo que esconden, de lo que enseñan, de lo que reflejan...

7.

...que todas las ventanas del mundo te llevan más allá de su imagen, de lo que esconden, de lo que enseñan, de lo que reflejan. Eso era, Carmen. ¿A que no te acordabas? Ven, tuerce por aquí. En esta calle me parece que había una de aquellas ventanas... ¿Sabes lo que me sorprende? Que no te molesten todas estas cosas. Que te cuente mis historias con Rena, sus extrañas costumbres, algunas historietas baratas y otros momentos preciosos con ella y que tú simplemente, con una tranquilidad pasmosa y una sonrisa irresistible, me digas que te parecen recuerdos estupendos, que te gustaría que nuestros momentos lleguen a ser tan grandes que los recordemos de por vida pase lo que pase. Me estoy dando cuenta de lo mucho que te quiero contándote mi vida con Rena. Es un poco raro, la verdad. Pero me encanta.

Alguna vez te he hablado del viaje a Bruselas, ¿no? Cuando nos encontramos con Ignacio y Laura, mis amigos de Valencia, haciéndose fotos frente al Manneken Pis... ¿No te lo he contado? Pues allí Rena descubrió más de nueve de sus ventanas sólo en la Grand Place. Fue increíble. Habíamos hecho el viaje en autobús desde Holanda, desde Rotterdam, con una de esas empresas que organizan viajes larguísima por toda Europa y salen muy baratos. Recuerdo que en el autocar había gente de todas las razas habidas y por haber. Éramos una especie de Torre de Babel con ruedas. Fue un viaje muy incómodo pero con el tiempo lo recuerdo con cierto halo de melancolía y se convierte en inolvidable para bien. Una vez en la capital, recorrimos media Bélgica en cuatro días. Nos alojábamos en un albergue municipal, un albergue que no era, ni mucho menos, cinco estrellas, pero que ofrecía unos desayunos maratonianos: tostadas, galletas, zumos, bollos, café, leche... Y la opción de repetir.

¿Te aburres? Bueno, si te aburres me lo dices.

Estuvimos en Gante, en Brujas, en Amberes, hicimos decenas de kilómetros paseando, devorando baldosas medievales, aprehendiendo postales vivientes a tamaño natural, puestas de sol increíbles entre las torres de las plazas, almuerzos perdidos en parquecillos de cuento... Nos deslumbramos con un montón de lugares, grabados para siempre, invertidos, en el fondo de nuestras retinas.

Lucía se quedó con su padre aquella semana. El duendecillo, como yo la llamaba...

8.

Ya de regreso, con el cielo enrojecido y la tarde introduciendo una nueva noche, repaso más o menos cómo hemos pasado el día, cómo Lucía correteaba por la ermita del camino, aquella que Bruno descubrió una de aquellas tardes, la misma que después me presentó, teatral, excesivo, como siempre, vendándome los ojos y plantándome delante de la puerta. Hubiera sido todo tan distinto... Ahora, en el coche, con la ventanilla algo bajada para dejar entrar un hilo de aire, me parece ver venir por allá, al fondo, en mitad de la calma del paisaje, un remolino de humo y de soplos revividos. Después de casi un año, cuando apenas nada me hacía ya pensar en su ausencia, me surgen coletazos de su rastro, pequeñas descargas de memorias, pasajes ralentizados de lo allí vivido. Tal vez no fuera tan buena idea lo de venir al pueblo. Tal vez... Pero tú, Lucía, cariño, tú te lo has pasado bien, y has saltado, y has jugado, y te has distraído con mil tonterías y con nada, con esos revoltijos que os montáis los niños cuando os llevan por ahí, de recreo. Sí. Tú eres lo que importa. Yo tengo que volver a la costumbre de convivir con la ausencia de Bruno. Seguro que esta noche, como al principio, vuelvo a soñar con aquella tarde casi noche que llovía, con la entrada de aquel cine perdido ya en el tiempo, con las gotas de lluvia escurriéndose de las puntas de mi pelo, dejándose caer sobre mis hombros. Aquella tarde noche, cuando todavía no sabía que aquella espera se convertiría, poco después, en una fecha señalada...

¡Qué suerte que te tenga, Lucía! ¡Qué suerte!

CARMEN.

Me llamo Carmen y soy camarera. No tenía intención ninguna de cobrar protagonismo en esta historia. Sé que no es la mía, aunque me toca de cerca. Pero no pretendo apropiarme siquiera de una pizca más de relevancia que la que me correspondió en su momento. De los dos lados que siempre tiene una historia, pensaba quedarme del de los que la escuchan, del lado de los de fuera. Sin embargo los acontecimientos parecen haber jugado en mi contra y aquí estoy, implicada, declarando, recitando, contando todo lo que sé. Parezco una sospechosa o una testigo, soportando el foco directo, blanco, con olor a quemado, de los interrogatorios. O mejor aún, la narradora de alguna historia inventada, una de esas escritoras contemporáneas que triunfan ahora. Pero nada más lejos... Aunque, la verdad, ahora mismo soy un poco escritora, escritora ocasional más bien, porque todo esto lo estoy escribiendo. Lo necesitaba.

A estas alturas supongo que sabréis quién soy y quién fue mi pareja. Sí, digo fue porque hace ya tres años que Bruno y yo no estamos juntos. No salieron las cosas del todo bien, aunque esa es otra historia. Lo único que importa es que quedamos bien, dentro de lo bien que se puede quedar después de haber roto un proyecto de vida en común. Pasé quince años maravillosos con él y eso es lo que cuenta. En fin, a lo que vamos:

Hace un par de años, mientras limpiaba un poco el café después de cerrar, me encontré unos recortes de periódico viejos, unas hojas desordenadas y arrugadas, con manchas de aceite y mermelada de fresa, que llamaron mi atención. Estaban atrapadas bajo la pata de una silla, así que al tirar para cogerlas se desarmó un poco el manojito de papeles y de dentro cayó una foto.

Era la foto de una ventana...

Aquello me recordó a las historias de Bruno, a Rena y a sus colecciones de fotos. Nunca me importó que me contara aquellas historias, aquellas anécdotas bonitas, tontas a veces pero siempre bonitas. Siempre le dije que me parecía mágico que aquel lazo entre ellos dos se mantuviera de alguna forma y sirviera para cimentar y construir la nuestra, nuestra vida juntos. Pero caí en la cuenta de algo: nunca había visto la cara de Rena. Conocía sus fobias, conocía mil momentos separados de su existencia. Pero no había visto su rostro en la vida.

Ahora me encuentro en Holanda. He venido a Amsterdam con un grupo de conocidos a los que perdí de vista nada más llegar a la capital naranja, hace un par de días. Su proyecto de viaje era distinto al mío. Al parecer querían batir el record de "número de Coffee Shops visitados en cuatro días". Yo prefería inmiscuirme más en el ambiente de las calles, los barrios, las plazas, los canales. Respirar lo que debía de ser vivir rodeado de tanto encanto y de algo tan distinto a lo que estoy acostumbrada.

Esta tarde, paseando por la Plaza Damm, me he encontrado con un callejoncillo que salía de detrás del obelisco blanco que preside la plaza desde uno de sus costados. Era un callejón de unos tres metros de ancho, que contrastaba con la majestuosidad de los edificios que lo enfrentaban. Estaba incrustado en el lateral de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Era la representación gráfica, física, del límite entre el lujo apartado de la sociedad y lo cotidiano y entrañable. En un lateral del callejón, el que daba a la fachada del hotel, las paredes eran de cristal y se podía apreciar el interior del hotel, algo así como una parte del gimnasio y otra del hall. Del otro lado, el flanco de una de las típicas viviendas antiguas de los Países Bajos, a base de ladrillo marrón y pequeñas ventanas enmarcadas en blanco. Era el contraste entre la sencillez con encanto, la naturalidad de años de historia, y el modernismo atroz y aislado, el esnobismo burgués sin memoria histórica ni gusto estético.

Pues en ese callejón que hacía las veces de linde generacional de la ciudad, en su lado tradicional, viejo y desalmado, por supuesto, es donde he encontrado la taberna de licores más auténtica que haya podido conocer en toda mi vida. La entrada estaba en la pared de ladrillo de ese lado del callejón. Mientras entraba pude ver cómo un hombre de unos treinta y tantos años, flaco y calvo como una bola de billar y vestido de negro de la cabeza a los pies, cerraba una pequeña ventana de madera gruesa al lado de la puerta. Era más bien una especie de barra secundaria para poder servir también a la calle. He pensado que iban a cerrar y le he preguntado chapurreando mi inglés imperfecto. Aquel tipo, que ha resultado ser el tabernero, me ha dicho que no estaba cerrado, que podía entrar todo el tiempo que quisiera. He estado practicando inglés con él y me ha contado la historia de la taberna, que tiene más de cien años. Al tiempo que intentaba entender todo lo que me contaba miraba la decoración de aquel lugar, repleto de fotos, dibujos y grabados antiguos que debían representar momentos vividos en la propia taberna. La pared tras el mostrador estaba completamente cubierta de estantes combados con cientos de botellas de licor, todas alineadas de manera muy cuidadosa. El dueño me ha comentado que los fabrican ellos mismos, que hay de cualquier sabor que pueda ocurrírsele a quienquiera. Entonces, del fondo de la pequeña estancia, ha llegado esa voz, esa voz clara y dulce a la vez, esa voz de mujer. En perfecto castellano me ha dicho que era cierto, que probara el *Walk In The Forest*. Cuando me he girado y la he visto, he sentido un pequeño escalofrío, una punzada que me ha cruzado la espalda de abajo a arriba. Ha sido algo extraño, porque no conocía de nada aquel rostro, aquella mirada que, no sé de qué forma ni sé por qué motivo, me llenaba...

Nuestra conversación ha comenzado por la mitad, sin presentaciones ni biografías resumidas. Dos horas charlando, contándonos el motivo de nuestro viaje, mil cosas sin relevancia y otras tantas algo más interesantes. Al poco rato he descubierto que era más joven de lo que me había parecido al principio. Después he reflexionado: la primera impresión no había sido fruto de la edad sino de otra cosa. Su mirada, sus rasgos, su compostura parecían responder a una persona de más edad, de más experiencia, de más vida. Sin poder evitar una manía que arrastro desde hace años, una manía que me contagió Bruno, le he buscado parecido entre caras conocidas. Rápidamente, sin pensarlo mucho, he decidido que era una Monica Bellucci, versión veintitantos, con sus rasgos duros y bonitos, con su rostro sereno e impenetrable. Mientras tomábamos unos cuantos licores, me ha contado que vivió en mi ciudad, aunque hace ya algún tiempo se marchó al norte. Además, repasando lugares, conocíamos los mismos sitios, los mismos bares, los mismos cafés. Dice que alguna vez estuvo en el mío, cuando yo trabajaba allí. Al menos hemos calculado que pudo haber ocurrido. Pero no reconocía mi cara para nada. En esas dos horas también he podido percibir que sentía un calor

especial hablando con aquella joven, un calor que llegaba de no sé dónde, del movimiento de sus manos, de su forma de enlazar las palabras...

Cuando he decidido que me marchaba para el hotel (quiero estar en forma mañana para visitar el Rijksmuseum y el Van Gogh) ella también ha dicho que se iba. Hemos pagado al camarero, que lavaba las copitas de los licores en un barreño tras la barra, y hemos salido juntas a la calle. Al salir ha sacado su cámara de fotos y me ha pedido que le hiciera una junto a la puerta de la taberna. Una vez immortalizada, nos hemos despedido, deseándonos todo lo mejor, tanto en Ámsterdam como a la vuelta.

Hemos cogido direcciones opuestas, pero de pronto, una vez iniciado mi camino hacia la Plaza Damm, me ha dado por girarme. Ha sido un gesto instintivo, sin motivo alguno. Al hacerlo, la punzada de la espalda, que me había subido horas antes en la taberna, ha bajado esta vez, eso sí, a la misma velocidad.

La joven, en lugar de marcharse, se había quedado en el mismo lugar, frente a la taberna. Manipulaba el objetivo de su cámara, encuadrando el marco precioso y blanco de una de las ventanas de la vieja pared de ladrillo. En ese momento, a la vez que el flash se disparaba y la punzada terminaba de recorrer mi columna, de dentro del pecho, de mucho más allá, con una emoción desconocida incluso absurda, lo reconozco, han salido las dos únicas palabras que he sido capaz de articular, dos palabras en forma de pregunta ilógica y absurda, pero irremediable: ¿Eres Rena?

La joven, interrumpiendo su acción, ha girado su rostro templado y misterioso, y simplemente ha dicho: No. Me llamo Lucía. Rena era mi madre.

Sin más me ha sonreído y se ha girado, dándome la espalda y alejándose poco a poco. Ha empezado a llover y tras la cortina, todavía poco tupida, de gotas transparentes, ha girado la calle, lentamente.

En ese instante, justo en éste, he pensado en aquella gran verdad que una vez estuvo en boca de Bruno. Y he sentido el deseo incontenible de completarla, de escribirla, para nadie, para ti, da igual, para que quede. Para que quede escrito aquí y en cualquier parte, que sí, que era verdad, que la coleccionista de ventanas doblaba esquinas como nadie. Pero que su hija todavía lo hacía mejor.

David Martínez Pérez

Albacete, enero de 2005.